

Demasiados nombres¹

La ruta de la inmigración de mi familia a la Argentina se puede resumir en unas pocas frases, que recuerdo vagamente. “Tu abuela nos trajo de Varsovia, a tía Betty y a mí, cuando éramos chicas; tu abuelo había venido antes y una vez que instaló su fábrica de sombreros, nos mandó llamar”. Esta breve historia y la foto color sepia de un hombre joven y buen mozo mirándome con ojos soñadores enmarcados por un sombrero hongo –mi abuelo materno– son todo lo que salvé del naufragio de las memorias de Sarita. Las de mi padre, León, no eran más vastas. Los suyos habían llegado de Besarabia –padres, tíos y primos que nunca conocí–. La terminación “Arabia” me sonaba tan exótica que ni siquiera busqué esa región en el mapa: preferí el misterio de un pariente del aljibe, de la alhambra, de almohada y de ojalá.

Mi abuelo Isidoro se había instalado, a principios del siglo XX, en alguna comunidad agraria de Entre Ríos, una de las tantas que se formaron en ese entonces con los judíos que huían de los pogromos del este de Europa. Recién de grande supe que probablemente venía de Kishinev y que a poco de llegar se cansó de una vida campesina para la que no estaba preparado: tocaba enfrentarla con escasas herramientas y demasiadas plagas. En cuanto pudo se mudó de Gualaguaychú a la capital. Sus aventuras comerciales, emprendidas desde entonces, lo lanzaron del remoto norte al remoto sur del país y su fortuna subía y bajaba como sus viajes. En uno de los picos de prosperidad mi padre y sus tres hermanos estudiaron en una escuela alemana de Buenos Aires –Cangallo Schule–donde recibieron una educación sólida y liberal. Desafortunadamente el alemán no les sirvió de mucho, porque después de la guerra esa lengua se volvió tabú. Lástima, con lo bien que papá recitaba a Goethe.

¹¹ Traducción y ampliación de “Too Many Names,” en *Taking Root: Narratives of Jewish Women in Latin America*. Columbus: Ohio UP, 2002

Cuando mi abuela Kaila murió, mi tía Felisa colgó un cuadro de mis bisabuelos polacos en la pared solo porque, cuando descubrí la vieja fotografía (¿o sería una pintura?) relegada a un rincón del ropero, le rogué que les diera una pisca de dignidad incluyéndolos en su habitación. Fue entonces que el rostro de esa mujer desconocida me observó con la expresión y los ojos de mi madre. Esa es la marca de mi legado diaspórico: una serie de caras íntimas y anónimas que me miran hasta en los sueños sin emitir sonido; figuras que despiertan un acuciante deseo de traerlas a la vida para descifrarlas.

Mi tía Betty me había contado, entre sorbo y sorbo del mate, que ella y mi mamá habían nacido en Wyszogród. Incluso tuve en la mano sus partidas de nacimiento, escritas en una cursiva ilegible. Me llevó cuatro décadas visitar Vishogrod –como le decimos en castellano–, a orillas del río Vístula. Esa visita me enseñó un capítulo entero de historia contemporánea europea en unos pocos minutos, como rememoro en *Un día, allá por el fin del mundo*.

En los años veinte había en la Argentina una organización judía de trata de blancas que engañaba a mujeres polacas y las traía para venderlas a redes de prostitución locales. Algunas veces, cansada del vacío histórico al que los adultos me condenaban, la desafiaba a mamá diciéndole que seguramente la había traído la SviMigdal, y que por eso no quería contarme sus orígenes. La respuesta a esta broma pesada era el enojo o la indiferencia; sea como fuera mataba el diálogo, provocando lo contrario de lo que buscaba.

Sé aún menos sobre la familia de mi padre. Encontré el apellido de mi abuela, Shlesinger, en las paredes de una sinagoga de Praga, en una lista de mujeres y hombres enviados a campos de concentración. La solución final. Pero quizá no eran mis parientes ya que, según mi padre, venían de lo que había sido Rumania y ahora Moldavia. Por si acaso, copié los nombres de los nacidos, como papá, en 1913, mientras medía el contraste entre los judíos de uno y otro

continente: los latinoamericanos que guardaban silencio, temerosos de aludir a la catástrofe (al menos frente a los jóvenes), y los europeos, que murieron sin sospechar que su clan no mantendría viva su memoria. No es que perdonaran la ofensa, pero era mejor dar vuelta la página. Algunos inmigrantes no querían agobiar a las nuevas generaciones con un pasado de tal calibre; pero la historia, con sus volteretas, les jugó una mala pasada: lo que intentaron evitar les vino a buscar. Una forma siniestra de recordarles que *eso* (el abuso, el borramiento, la desaparición en la noche y en la niebla) nunca se puede dejar atrás: tiene que ser rememorado, asimilado, y ojalá comprendido para que no se repita.

La fórmula del olvido, sin embargo, había resultado, en mi familia, la favorita para lidiar con la condición de parias. No había que mirar atrás sino hacia adelante, hacia el promisorio futuro, que ofrecía renacer en una nueva lengua, en un nuevo continente, en un nuevo hogar. Cuando en los setenta el terror reencarnó en estas remotas tierras y vino a golpearles la puerta, esta gente de raíces trucas no encontraría en su diccionario palabras para entender cómo era que la historia había cruzado el océano para condenarlos una vez más.

Conozco una mujer, Sara Rus, que sobrevivió Auschwitz con su marido. Se refugiaron en la Argentina para comenzar una nueva vida, protegida de la intemperie y del horror. Veinte años más tarde su hijo fue secuestrado por el golpe cívico-militar y es uno de los 30.000 desaparecidos.

Algunos de nosotros nos encargamos de guardar los restos del naufragio; averiguamos quiénes eran, los cuidamos, escribimos sobre ellos. El mito dice que todos los argentinos bajamos de los barcos. Lo cierto es que solo algunos bajaron, y mi herencia de una de esas naves es una caja de madera llena de fotos opacas entre las que había una mujer que lucía mi futuro rostro. Atesoro la extrañeza de estar ligada a una mujer anónima, con vestido largo, rodete

bajo y sonrisa abierta a la que terminé pareciéndome. ¿Dónde habrá nacido? ¿Cómo se llamaba? ¿Quién era? Imposible averiguarlo. En la Universidad Hebrea de Jerusalén un investigador de historia oral me habló de un Strejilevich al que había entrevistado en Minsk. Agregué Minsk a la lista de posibles ciudades. ¿Kisinev, Praga, Minsk? Quizá. Un día, atraída por estos puntos cardinales enigmáticos, les seguiré la ruta. Nadie jamás comprendió este deseo mío de reconstruir nuestro pasado, ni por qué me resistía tanto a aceptar nuestro podado árbol familiar. Tampoco yo estoy segura de entenderlo. Tal vez mi reacción a la ausencia de mi segundo nombre se vincule con esta idea fija: de acuerdo a la tradición ashkenazi me correspondía, como segundo nombre, el de una abuela muerta. Y sin embargo me habían puesto un solo nombre y no por falta de muertos en la familia. Según mi madre basta con uno, y mejor si es de una persona *viva*. Me salvaron así de Fanny que, colocado entre Nora y Strejilevich, no sonaría tan melódico; a mi hermano lo salvaron de Isidoro que, en nuestro país, es la caricatura de un porteño codicioso. Nos salvaron de demasiados nombres, lo que a la larga no es para nada lamentable; en este sentido nos hicieron un favor. Pero al mismo tiempo nos dejaron huérfanos de ese lazo entre las generaciones, nos dejaron una marca de soledad.

Puede que mi reacción, que tanto divertía a los adultos, tuviera que ver con esta sensación de pérdida: a partir de los cuatro años, si me preguntaban ¿cómo te llamas? respondía: Nora Norita. Así resolví, con la aprobación de todos, la falta del nombre del medio y podía pertenecer a un grupo familiar con todas las credenciales.

Sin embargo la pertenencia era forzada, y por otro motivo: nuestros horizontes transnacionales me hicieron sentir que la Argentina no tenía la dignidad de un verdadero país de origen para mí, que podría haber nacido en otra parte. Esta idea me dio alas y las alimenté. Todo podría

haber sido, ser, o terminar siendo de otra manera. Con esta lógica tiré por la borda el dicho de mi madre: *es así*. Era evidente que no tenía asidero, tan es así que, cuando le preguntaba *por qué*, ella contestaba *porque*. Las cosas no tenían por qué ser así, resolví.

Si yo no era de acá o de allá sino todo lo contrario, mi estado natural tenía que ser el desplazamiento, que asocié a la libertad. Mi hermano había empezado a viajar desde su adolescencia y pavimentó el camino para mis futuras aventuras: *ustedes lo dejaron*, les recordaba a mis padres. Como se declaraban partidarios de la igualdad de género, tarde o temprano tenían que abrirme las puertas; así fue que llegué a Chile, a Perú, a Uruguay y a Brasil...una versión tercermundista del judío errante, en este caso por elección. Vagué por países cercanos y no tanto con la convicción de ser ciudadana del mundo. Me atraían las nuevas atmósferas, la música de las lenguas, los mundos por descubrir; quería averiguar qué había más allá de nuestra limitada vida cotidiana. En ese entonces no soñaba con ser escritora, mi heroína era Madam Curie. Pero la dieta narrativa a la que fui sometida por años finalmente estimuló mi sed de contar con cuentos.

Mis padres, la biblioteca infinita

Mi padre, que además fue mi guía filosófico existencial, era ateo. Solía leer a Martin Buber y no era sionista, aunque apoyaba la existencia del Estado de Israel. León era un judío emancipado. Era, sobre todo, hijo del Iluminismo: humanista y socialista. Sentía que había una diferencia abismal entre su visión de mundo y la de un israelí, marcada por la distancia entre una comunidad definida por el exilio y otra definida por un Estado. Consideraba que idea de un país para todos los judíos, aceptada como inevitable consecuencia de la *Shoá*, era problemática, porque exigía renunciar al internacionalismo que nutría la ética de la diáspora. Y

si bien entendía que asumir una identidad compleja –es decir, no desentenderse de una cultura milenaria y de su legado cultural y a la vez, ser parte un entramado llamado país podía ser peligroso, ceder al miedo era aceptar la derrota. Éramos una nación no nacional, o algo así, y había que sostener esa contradicción. *Un Estado tiene que defender sus fronteras contra otros, tiene que atacar y pelear, tiene que ser injusto*, me explicaba. *Los israelíes no pueden pensar como nosotros*. Él quería sostener el diálogo, no a un ejército enfrentado a otro, estrategia imposible en un Medio Oriente con su propia historia y su población nativa.

En la Argentina muchos judíos progresistas, en esos años, entendían por qué había sido creado el Estado de Israel, pero eligieron luchar por el cambio social en el lugar donde habían nacido, porque ese era, simple y llanamente, su país. Rechazaron la falsa opción de la “doble lealtad” que reformulaba la vieja pregunta: ¿a quién querés más, a tu papá o a tu mamá? con el interrogante: ¿a qué país querés más, a la Argentina o a Israel? Ante esta absurda opción, respondían: *quiero vivir en un mundo donde esas preguntas no se formulen*. Y se comprometieron a cambiarlo.

¿De qué cultura estamos hablando?

Las únicas fiestas que celebrábamos en casa eran nuestros cumpleaños y el Año Nuevo secular. Nunca encendimos velas ni conmemoramos fechas del calendario judío. Y no éramos una excepción; muchas familias no seguían tradición alguna en el Buenos Aires que conocí. El judaísmo se vivía, más bien, como una cultura. Mis padres participaban en eventos –lecturas, debates, obras de teatro—organizados con escritores y artistas en Hebraica, un club de la comunidad. Y usaban la biblioteca, que tenía una excelente colección de literatura idish en traducción. También teníamos esos libros en casa –novelas y cuentos de Isaac Bashevis Singer

y ScholemAleijem, como *Tevie el lechero*, en edición ilustrada. Mi madre, Sarita, era una lectora voraz. No había terminado la secundaria pero su librería mental era infinita. Solía recomendarme libros aunque siempre desoyera sus sugerencias. Me hablaba, por ejemplo, del Antiguo Testamento, de esas maravillosas historias saturadas de momentos fantásticos, como el de Moisés recibiendo los Diez Mandamientos. Me explicaba cómo toda nuestra cultura provenía de allí. Para ZygmuntBauman las metáforas bíblicas son más potentes que tantas otras creadas después; este pensador dice, como Sarita, que la forma en que la Biblia registra la historia de la humanidad (habla de nosotros como seres finitos lanzados siempre y sin aviso al tiempo-espacio infinito), no ha sido superada. Todas las otras metáforas resultan pálidas en comparación (2001). Lo que yo no hubiera sospechado jamás es que la Biblia terminaría vinculada a mi propia biografía. **Es raro cómo las tradiciones se filtraron entre nosotros sin que nadie las invitara. Heredé de mi madre un libro que le llegó de su familia, una Biblia con una tapa plateada, con un bajorrelieve de las Tablas de la Ley: una suerte de metáfora del arte hebreo, una forma en la que nuestros antepasados se encargaron de conectarnos con la tribu.**

Infancia, judaísmo y después

Siempre me atrajo jugar con las evanescentes hilachas del pasado, como si mi tarea fuera la de restaurar ruinas de barcos cuyos trozos quedaron desparramados por el planeta. La memoria es una provincia de la imaginación: rescatamos lo que nos importa y lo enhebramos en una trama que llamamos nuestra historia. Se pueden contar ilimitadas versiones de una vida; cada instante produce nuevas y dispares huellas en una caverna que algunos llaman inconsciente, marcada por capas y capas de sentido. En mi caso y como tengo muy mala memoria, lo que

cuento viene entretelado con hilos de ficción, que entremezcla sin que lo note. No me preocupa: las formas que emergen destilan sus verdades, como pasa con toda forma de arte.

Pasé mi infancia en Olivos, un suburbio del Gran Buenos Aires. Vivimos ahí en la década del cincuenta y éramos los únicos judíos del barrio. Había leves diferencias entre las costumbres de mi familia y las de los vecinos (mis padres se habían casado en una sinagoga para complacer a mis abuelos, y no había sinagogas por ahí, de modo que hicieron la ceremonia en el centro. La abuela Kaila solía cambiar la vajilla para *lomKipur*, pero solo una de sus hijas, la más joven, la acompañaba al templo). Sin embargo, aunque no celebrábamos Navidad, Papá Noel hacía su aparición para todos los chicos del barrio y nadie quedaba excluido de las fiestas. No iba a la iglesia los domingos, pero eso me beneficiaba porque no me tenía que confesar, ni estudiar para la primera comunión, o decir penitencia porque había salido con un chico. Había una serie de actividades que no me exigían y que no les envidiaba a mis amigos. Me pregunto cómo se las ingeniaron mis padres para que no me sintiera discriminada o diferente, aislada o disminuida frente a la imponente Iglesia Católica y Romana que nos circundaba. No sé cómo lo hicieron, pero mi hermano y yo no teníamos problema alguno con el rechazo de todo ritual que se practicaba en casa. Les decía a mis amigas, con toda convicción, que los ángeles no existen, que son cuentos de hadas. Mi identidad, además, traía aparejadas ventajas no disponibles para los chicos *goi*. Era miembro vitalicio de Hebraicay participaba en campeonatos de natación y de ping-pong y, como si esto fuera poco, el club ofrecía campamentos de vacaciones. Íbamos con nuestros instructores, liberados de las presiones familiares por un mes. Eso era el paraíso y nadie más en el barrio lo podía hacer, solo mi hermano y yo. De los ocho años en adelante fuimos a la playa o a las montañas con nuestros *javerim* y *madrijim*, compañeros e instructores. Más adelante fuimos a la *ShomerHatsair*, un grupo de izquierda sionista, solo porque iban de campamento al mar. Durante las cuatro

semanas de vida comunitaria íbamos de excursión al ritmo de melodías rítmicas que me vuelven, cada tanto, mientras paseo: *caminemos compañeros sin cesar, / si los pies no nos pueden aguantar, / caminemos con los codos hasta que caigamos todos, / caminemos compañeros sin cesar*. También nos turnábamos para hacer guardias nocturnas destinadas a cuidar el sueño de los otros, bailábamos en rondas y aprendíamos defensa propia. Terminábamos las jornadas alrededor del fogón de corazones abiertos, donde había que dar con las palabras que le nombraran nuestros sentimientos, y decirlas en voz alta para compartir con los demás nuestra intimidad.

Nunca se me hubiera ocurrido pensar que la defensa personal con palos era una forma de entrenarnos en caso que grupos como Tacuara nos atacaran. Los Tacuara eran nacionalistas que se dedicaban, en ese entonces, a golpear a chicos judíos con cadenas a la salida del colegio, circunstancia de la realidad vernácula que no me afectó hasta más adelante, cuando me encerraron en un campo de concentración donde, según me hicieron saber, primero acabarían con los montoneros y después con los judíos.

En mi barrio no detectaban siquiera que yo fuera diferente, gracias a *mimarranismo* intuitivo: aprendí a usar máscaras para no ser notada. No tenía escrúpulos en arrodillarme y hacerme la cruz para entrar a la capilla, porque al fondo había hamaca y tobogán. Si tenía que hacer eso para jugar con mis amigos, no era grave ni difícil. La moraleja era que podía pertenecer a ambos mundos sin entrar en conflicto. El conflicto apareció más adelante, cuando un compañero de la universidad hizo un comentario sobre mi apellido. Que era *moishe*, dijo. Fue la primera vez que alguien me miraba de reojo por mi evidente status inferior.

Pero volvamos a la escuela primaria. Mi hermano y yo fuimos a un colegio donde el director trataba de eliminar toda marca de autoritarismo, tan típico del sistema tradicional: el Instituto

Didáctico Educativo. Fue mi madre la que nos inscribió en este refugio donde lo tratábamos al director de *vos* en lugar del *formalusted*. No nos retaban por portarnos mal ni teníamos que retirarnos de la clase a la hora de religión. ¡No había clase de religión (católica)! En las escuelas públicas, al menos en las de nuestro barrio, los estudiantes judíos tenían que pararse y salir durante esa hora. Mis padres querían ahorrarnos esos malos momentos, y por eso nos mandaron a esta escuela privada aunque barrial y liberal, que funcionaba con reglas propias (no había un “cuadro de honor” para catalogar a los alumnos de mejores o peores, había dos grados por salón y convivían distintas edades, había teatro y cine y no daba ganas de faltar ni de *hacerse la rata*).

La madre de un vecino nuestro, una alemana que vivía enfrente, le había dicho a Sarita: *Ustedes son judíos pero son buenos*. Esos comentarios no se podrían haber hecho en esa escuela porque Pepe, el director, no permitía que se denigre a nadie. Y si bien los adultos las oían y seguramente les pesaba convivir con esas formas de decir que son formas de hacer, comparadas con los pogromos y la *Shoá*, eran minucias. No era un país antisemita sino que en todas partes había gente así.

El último año de la escuela primaria nos mudamos al barrio de Once, el barrio judío, porque mi padre, que viajaba largas horas para ir a trabajar al centro, prefirió solucionar el problema volviendo a la casa de su infancia. Empecé a ir los viernes a la Hebraica, que quedaba ahora a unas pocas cuadras. De repente mi mundo entre católicos (Olivos) donde éramos –nos gustara o no– los *otros*, mutó en uno habitado, mayormente, por *nosotros*. Excepto en el colegio.

En la escuela Normal a la que asistí en la secundaria la primera cosa que noté sobre el pizarrón fue una cruz. Como no era un colegio católico sino público me parecía lógico que, si iban a exhibir símbolos religiosos, los incluyeran a todos: la media luna musulmana, la estrella de

David y un altar para los ancestros de mi amiga Higa, de origen japonés. Convencí a algunas compañeras y fuimos a plantearle a la directora que sacara la cruz o agregara los otros. Casi nos expulsan: fue mi primera derrota en el campo de la militancia social.

En esa época todavía iba a campamentos, pero ahora con los chicos del Colegio Nacional Buenos Aires, el mejor de la ciudad y el más progresista. No me había inscripto por seguir el consejo de los mayores: *Mejor que estudies de maestra en lugar de tomar cursos por seis años por un título que no tiene valor alguno*. Un título de la secundaria no la preparaba a una para trabajar, pero después de la escuela Normal una era maestra. Parecía lógico, pero la lógica era exclusivamente aplicable a *la nena*: dejaron que mi hermano estudiara en un colegio nacional común. Pero no me quejo porque a posteriori detecté otra lógica, una lógica siniestra que arrasó con muchos de quienes pasaron por esas aulas, las más politizadas de la época.

Mi caleidoscopio de memorias me hace saltar a tiempos universitarios. Tengo veintitrés años y estudio medicina. Estamos a mediados de 1977, el segundo año de la dictadura de Jorge Rafael Videla. Los policías son un espectáculo cotidiano, nos cruzamos con ellos cada vez que entramos o salimos de la facultad. Las paredes han sido blanqueadas, están más limpias que nunca. Está prohibida la actividad política, aunque la militancia se sostiene en la clandestinidad. Me había retirado del activismo estudiantil típico de los setenta, que había practicado sin mayor compromiso en la Facultad de Filosofía y Letras, de la que egresé en 1973. A partir de 1976 la dictadura controlaba al país con mano férrea y no era el momento de enfrentarse con marchas y cánticos, pero nunca se me cruzó por la mente tomar las armas, aunque tenía sentido hacerlo cuando no quedaban más opciones frente a *la violencia de arriba*, como se decía entonces. Como no sabía qué hacer me concentré en mis estudios. Ingresé a medicina porque quería investigar el funcionamiento de la memoria.

Durante el primer año del *Proceso* (forma en que el terrorismo Estatal se autodenominaba: Proceso de Reconstrucción Nacional) y aun antes, durante la presidencia de Isabel Perón o Isabelita, la gente empezó a desaparecer. Gente que yo conocía: la ex novia de mi hermano, Nora, fue *chupadade* su lugar de trabajo, un centro de salud. Otro amigo fue arrancado de un colectivo y metido en un auto en presencia de todos. Algunas calles se clausuraban durante los operativos. Justo a la vuelta de casa nos amenazaron a mi novio y a mí unos policías, nos apuntaron con sus fusiles y nos interrogaron por separado porque nos estábamos besando en la esquina de la comisaría.

La constante y terrorífica succión de ciudadanos en una misteriosa nada nos dejaba atónitos. Habíamos sobrellevado muchas dictaduras, había habido asesinatos y tortura en nuestra historia (tanto remota como reciente) pero no se conocía esta sistemática desaparición. De repente un agujero negro se abría en el lugar que había ocupado un amigo, un vecino, un pariente; ese vacío abría una pausa opaca durante la cual uno tomaba precauciones. La cautela podía significar mudarse, irse de viaje, cambiar las rutinas. ¿Hasta qué punto era prudente estar alerta *por un tiempo prudencial*? Fui maestra sustituta de un compañero que tenía que cuidarse. Dicté sus clases de filosofía y ni recuerdo cómo negociamos este cambio súbito de docentes. En este bizarro juego las piezas algunas se escondían o eran sustituidas por otras en una atmósfera cargada de pánico. *Cuando estás en el terror no te das cuenta: te acostás a dormir con el terror, vivís con el terror, lo incorporás. Y cuando pasa y mirás para atrás te preguntás: ¿cómo pudimos haber soportado todo esto? ¿Cómo pudimos haber tolerado que te llamen a la mañana para decirte: —che, cayó fulano anoche—y vos digas —puta qué cagada—y cortes el teléfono?*, me comentó un periodista (Strejilevich, 2006: 54).

Habitaba una tierra extraña y siniestra; todos debimos sentirnos así, pero no se decía. A lo sumo se murmuraba, como si la angustia de vivir en un lugar cercado por el pánico se pudiera expresar en voces tan bajas que resultarían inaudibles. Fue entonces que empecé a planear mi fuga.

En junio de 1977 fui a la *Sojnut*, la Agencia judía, y me inscribí en una de esas excursiones para jóvenes que quieren visitar Israel. Al mes siguiente me habían aceptado para ir con un grupo de profesionales por un año. Pasaríamos unos meses en un *Ulpan* aprendiendo hebreo, y el resto del tiempo trabajaríamos en un puesto vinculado a nuestra especialidad. Me preguntaba qué ubicación le encontrarían a una profesora de filosofía que cursaba tercer año de medicina y que no hablaba hebreo, pero me aceptaron. Era suficiente.

En esa época mi hermano no estaba viviendo en casa y le insistí que se alejara del peligro por un tiempo. Vivía en otro barrio, en una guarida que visité una vez, los ojos fijos en el piso para no hacerme una composición del lugar. Cuando venía a vernos al departamento de la calle Corrientes me asomaba al balcón para ver si lo seguían. Era urgente que se fuera y me hizo caso, fue a la *Sojnut* preguntar si podían ayudarlo, pero cuando dijo que su novia era *goi* lo mandaron a casarse primero. Solo aceptaban judíos o matrimonios mixtos. Parece que, para el empleado que le tocó en suerte (otros salvaron gente, como supe después) no había apuro. Casarse antes de viajar es perfectamente normal en cualquier lugar del mundo. Que los militares nos estuvieran pisando los talones era un detalle poco digno de ser tomado en cuenta para algunos burócratas que prefirieron ignorar la urgencia, como si la historia de persecuciones no les hubiera enseñado qué corresponde hacer para salvar a alguien de una masacre. Los judíos de medio tiempo, como me llamaba un amigo, éramos marginales hasta para la propia comunidad.

Mi hermano y su novia nunca pudieron irse del país: fueron secuestrados el 15 de julio de 1977. Un amigo llamó a casa a los pocos días para preguntar por qué Gerardo no había asistido a una cita. Mi madre le contestó que su hijo había desaparecido, siniestro término que marcó desde entonces el habla del dolor.

Su amigo probablemente pensó: qué terrible, cortó, y siguió adelante, seguramente con pánico pero también sin mirar atrás, como si nada hubiera pasado. Mi familia también había vivido anestesiada, incluso después de la desaparición de mis dos primos. Nadie me lo hizo saber –nadie quiso transmitirme tan malas noticias. Gerardo finalmente me lo dijo y agregó la misma historia: había tomado estrictas medidas de seguridad durante el tiempo prudencial de tres meses después del secuestro de Hugo y Abel. Como no habían venido por él en ese plazo, seguramente el peligro había pasado. Su razonamiento me asustó, incluso mi hermano sufría de ceguera colectiva en estado avanzado. Negar lo innegable era el síntoma por excelencia de que el terror generaba anticuerpos peligrosísimos.

Fui a ver a mi tío Pedro, padre de mis primos. Me contó con lujo de detalles cómo lo habían perseguido a Hugo, el mayor, por los techos y a los tiros. Cómo se había tomado *la pastilla* (pastilla de cianuro que llevaban algunos Montoneros para no caer vivos). Cómo lo habían forzado a él, un doctor, con los ojos vendados, a auscultar a su propio hijo para determinar si estaba vivo. Estaba muerto. Cómo mi primo menor había intervenido para que dejaran el cuerpo del hermano. Cómo se lo habían llevado a Abel y al cadáver. Tiempo después mi tío perdió la cordura y se dedicó a pegar cinta adhesiva en las paredes para que sus enemigos no lo espieran. Un año y medio después se suicidó.

De repente nuestra vida había colapsado, nada tenía sentido: Hugo muerto, el cuerpo secuestrado; Abel desaparecido; Gerardo escondido (no había venido a vernos por una

semana). Aunque frente a este cuadro mi determinación de escapar se agudizó, ya era tarde. Cuando golpearon la puerta parecía que las paredes gemían, pero era mi madre: *¡Les abro, no tiren la puerta abajo!* Me di cuenta en seguida de quién iba a entrar y corrí hacia la puerta del fondo. Se había disparado mi instinto de sobrevivencia. Mi padre gritaba *paren, paren* mientras se adueñaban del departamento con sus armas largas, dando órdenes: *¡Al piso, cabeza abajo!*

Me apuntaron con un arma en la nuca y me tuvieron así por una o dos horas. El tiempo se desbordaba, se salía del reloj; me llamaban puta cada tanto, como subrayando el tipo de trato que me esperaba. Mi corrida hacia el fondo probaba que era culpable. Requisaron la casa, tiraron algunas cosas, saquearon otras, y me cegaron con un paño al que llamaban tabique. Más adelante aprendería las múltiples modalidades del verbo tabicar.

Casi no podía respirar pero grité: *¡Me llevan, me llevan!* mientras me tiraban al ascensor. Como habían encerrado a mis padres en el dormitorio no podían ver lo que hacían conmigo. Me arrastraron a la planta baja y, ya en la vereda, pateleé para evitar que me metieran en su auto. Había que ganar tiempo para que alguien escuchara mi nombre, que lancé con un alarido para que alguien se enterara de a quién se estaban llevando. Una vez que varios brazos y muchos tironeos lograron empujarme al piso del coche, se dedicaron a golpearme mientras repetían: *Judía de mierda, vamos a hacer jabón con vos, aunque no hayas hecho nada, la vas a pagar pormoishe*. Fotocopias gastadas de un racismo que creía pasado de moda.

Cuando grité mi apellido, que no suena como López o García, habrán pensado que hablaba una lengua extranjera; como además tenía mi equipaje listo para viajar a Israel, había razón suficiente para decretar mi condena como miembro de una conspiración internacional. No había escapatoria: iba rumbo a una fosa colectiva.

Me llevaron a algún lugar del centro, me pareció un subsuelo que solo unos siete años después mostró su nombre y su lugar en el mapa. Cuando volví a Buenos Aires para dar mi testimonio a la Comisión Nacional para la Desaparición de Personas (CONADEP), que confeccionó el reporte *Nunca Más*, me dijeron que había estado en el centro clandestino de detención, tortura y exterminio (CCDTyE) *Club Atlético*.

¿Qué vive el habitante de ese lugar inhabitable? El interrogatorio empieza con el *ablade*. Piden nombres y más nombres mientras aceleran las descargas eléctricas hasta que una acaba aullando con la voz de otro. Después de esa sesión me dejaron en un cubículo para que recapacite y decida colaborar, y el segundo capítulo se centró en *la cuestión judía*. Pensaban que me iba a entrenar en tácticas guerrilleras en algún kibutz. Uno de ellos intercalaba palabras en hebreo como *javerim* y *madrij*, las únicas que entendí: amigos o compañeros y líder o instructor. Me sorprendía que aportaran un experto en el tema, pero después supuse que se trataría de un compañero que hablaba hebreo. No era él quien me torturaba. Recalaron: *Primero vamos a acabar con Montoneros y después con los judíos* (parecían convencidos de su disparatado plan, aunque obvié comentarlo). Algo me pareció más extraño aún: me preguntaron si conocía ellrgún.El Irgún era un grupo nacionalista de derecha que atacó a los ingleses en Palestina con miras a la creación de un Estado independiente, que finalmente fue reconocido en 1948. Menajem Begin, Primer Ministro de Israel en ese entonces, había pertenecido a ese grupo. Supongo que consultaron la novela que robaron de mi equipaje, *Oh Jerusalény* se les ocurrió lanzar eso a falta de algo mejor. Si no hubieran formulado la pregunta mientras me aplicaban la picana me hubiera reído a carcajadas. Después de este paseo por una historia previa a mi nacimiento se centraron en el responsable de mi viaje y, como no me acordaba de él, me describieron con todo detalle a los empleados de

la Agencia judía, la forma de la escalera, los pasillos, el diseño del edificio al que había prestado tan poca atención. Lo conocían del derecho y del revés.

Después del interrogatorio le quitan a uno el nombre. *Te llamas K-48, si te olvidás este código olvidate de salir de aquí.* Venda en los ojos, cadenas en los pies, ropas de otro, para que todo le sea ajeno al que llegó con una identidad y debe ser procesado hasta perderla, hasta transformarse en una cosa, en un bulto que obedece, que acepta órdenes, y que muere sin resistir –dormido y lanzado al mar desde un avión (los vuelos de la muerte). Claro que yo no sabía todo esto cuando me tiraron a una celda oscura y sin mirilla, donde resonaban los alaridos de todos los torturados, que parecían dispuestos a no darme tregua del horror. Me envolví en el colchón gomaespuma para abrigarme y me tapé los oídos para no colapsar.

La vida cotidiana del campo no tiene lógica, o más bien, está diseñada para acabar con la que uno trae de *afuera*, como la expectativa de una concordancia entre el decir y el hacer. Me dijeron que me matarían de cualquier manera y sobreviví, curaban en la enfermería a los heridos para después matarlos, les hacían brindar por navidad para, a continuación, torturarlos. Esa lógica demencial estaba planificada, nos habían sumergido en un mundo donde nuestros amos eran dioses de la vida y de la muerte y, sencillamente, en ese caso las reglas cambian. Íbamos al baño en fila india, ciegos y arrastrando cadenas, a merced de sus golpes; una vez me duché sintiendo sus comentarios sobre nuestros cuerpos en exhibición, perdiendo el jabón por la ceguera, sin poder lograr un mínimo de concentración para lo que hasta el día anterior había sido la forma natural de empezar el día. Acá el día no empezaba ni terminaba nunca, era un continuo de espanto fuera del espacio tiempo. La comida era una sopa caliente que no podía tomar con una boca llagada, había que tomarla a ciegas y no esperaban que se enfriara. Así pasé mis días, como todos, en silencio, en la oscuridad, tratando

de moverme en la celda aunque estuviera prohibido, tratando de no escuchar esos gritos perennes entre los que reconocí al de mi hermano. Estaba ahí, todos estábamos ahí. *Me están matando*, gritaba. Era él.

Finalmente me llegó la hora de la *liberación*, aunque no lo sabía. Un guardia abrió la puerta de la celda, verificó mi código y mi nombre y, siempre *tabicada* y con los pies atados, me llevó con él. Sentí que prefería morirme a ser sometida otra vez a la sesión de tortura que había conocido hacía días o siglos, trasmi llegada a ese infierno frío.

Subimos unas escaleras y me hicieron sentar en un piso helado. Había otros presos y otros guardias alrededor. Me llamaron por mi nombre. Me arrastraron hasta un escritorio donde me senté, ya no en el suelo sino en una silla. Una voz de hombre me hizo una sinopsis de mi familia: *les seguimos los pasos a tus primos montoneros, a tu tío el médico, a tu hermano. Lo sentimos, te llevamos por error, pero no te olvides de esto: no estuviste acá, no viste ni oíste nada... sería lamentable que le pase algo a tu familia*. Tenía que cuidarme para que a los míos no les pasara nada... ¿más?

Una vez afuera supe que mi hermano había sido secuestrado el mismo día que yo, al amanecer. Y siete años después, atando cabos, ratifiqué que todos habíamos estado juntos en el *Atlético*: mi hermano, su novia Graciela Barroca y yo.

Cuando volví a la Argentina en 1983 me castañeteaban los dientes cada vez que veía a un policía. Llegué unos meses después que Alfonsín fuera electo presidente y después de la derrota de Malvinas; poco antes de que falleciera mi madre (que en un cuaderno de mi hermano, había escrito: *esto va a matar a muchos padres*). Volví a irme para terminar mis estudios en Canadá y, al tiempo de volver a volver, León saltó de un tercer piso para decirle basta, de forma definitiva, a este relato desquiciado.

Así termina la saga de esta familia que le dio la espalda al pasado y que, paradójicamente, acabó aplastada por la máquina de muerte que, afanosamente, había tratado de dejar atrás. Sartre dijo que ser judío significaba ser visto como tal, y sus palabras nos describían bien: la herencia cultural de la tribu se condensaba, en nuestro caso, en unos pobres vestigios. Éramos los restos del naufragio del primer Diluvio pero no nos acordábamos. Fue la mirada de los otros la que me hizo aceptar que, practique o no una religión, lo quiera o no, lo entienda o no, voy a ser tratada según lo que los otros ven en mí. La persecución en la Argentina no era contra los judíos sino contra la resistencia, pero eran ellos, los salvadores de la patria, quienes definían quién era cada una de sus víctimas. Y eso no podía sonarle a novedad a los de mi clan, fue la enfermedad de la ceguera la que nos hizo insensibles al desastre inminente.

Este segundo Diluvio me despojó hasta de esa caja de madera con fotos en blanco y negro que había atravesado tantos países y un océano. Perduraba ahora una versión aún más concisa de nuestra historia: una joven de veinticinco años y una maleta.

¿A quién recurrir cuando se roban gente, objetos, mundos, universos? A nadie. O quizás a las palabras, a la rememoración de eso que, cuando ocurre, no sabemos cómo nombrar. Por eso será que empecé a escribir –porque no sabía qué decir.

Ser escritora en el propio país

No había sido escritora en la Argentina, fue en el exilio donde el lenguaje se volvió mi país. En Israel empecé a trazar poemas y digo trazar porque eran, más bien, dibujos en palabras. Los mandaba a casa en el reverso de postales alusivas, como una pala que levantaba un poco de tierra suspendida en el aire; el poema se llamaba “Memoria”. Mis versos de ese entonces

hablaban del tiempo, de las memorias que nos atrapan y de las que tan a menudo quería escapar, de la nostalgia. Se los mandaba a mis padres con largas cartas, a modo de un diario, para que pudieran compartir los paisajes y las circunstancias que rodeaban a esta incansable viajera. A falta de colores, diseñaba escenarios en párrafos. Mi padre era dibujante y yo solía imitarlo desde chica, perolas letras me eran más afines que las figuras, y a menudo me reía de bromas que parecían surgir solas de las manos, para sorprenderme.

La agilidad de un vocabulario que fluía por sí mismo me sedujo tanto que los poemas se estiraron en páginas y en manuscritos. Pero mi dedicación era esporádica; tomaba notas entre mudanzas, la mente ocupada en decidir qué dirección tomar con cada partida, siempre desorientada en esa distancia en la que flotaba, siempre deseando volver. Cuando desembarqué en Canadá en 1980 acepté, finalmente, mi destierro y empecé un doctorado en literatura latinoamericana. Un día me anoté en la materia “Autobiografía”, y el profesor nos invitó a presentar un ensayo o la historia de nuestra vida. Empecé entonces y la sigo escribiendo.

Objetos traídos por mis ancestros al Nuevo Mundo

Supongo que fueron las fotos, la sed de relatos que me despertaban esos sombreros hongo y esos rulos oscuros asomando bajo elegantes redecillas, la vestimenta señorial y la mirada infinita de esos desconocidos. Parecían actores jugando el papel de gente seria y formal, aunque sabía que eran mis tías, tíos y abuelos, que no actuaban. Quería creer que estaban a punto de empezar a jugar conmigo una vez liberados de esos gestos rígidos y pomposos a los que parecían condenados por una eternidad. En “la piecita” del departamento destinada a museo de objetos inútiles se guardaban cosas maravillosas que seguramente habían

pertenecido a esos personajes bidimensionales y estáticos. Había un baúl, traído de Europa a comienzos del siglo XX, que contenía todo tipo de tesoros: sábanas y manteles bordados; sombreros de mujeres que mi abuelo materno, pienso ahora, habría fabricado en la Argentina, pero que yo les atribuía a mis lejanos parientes; carteras y zapatos elegantes, de taco alto, con los que me disfrazaba. Me envolvía en esas sábanas y me volvía reina, fantasma, personaje de *Las mil y una noches*, o una inmigrante del 1900, cuando calmaba mi fantasía con un toque de realismo. A veces agregaba un par de antiguos candelabros de plata al decorado. Nunca pregunté si venían de Europa. No quería que me dijeran que no.

No sabía cuan apegada estaba a esos objetos hasta que tuve que renunciar al baúl, a esas telas, al departamento entero. No quedaba nadie que se pudiera hacer cargo de nada, y no me podía quedar con esculturas, cuadros, libros, porcelanas, alfombras, cubiertos, vajilla, ropa, más libros, la casa. Me hubiera gustado tener una alfombra mágica para llevármelo todo, pero no apareció ninguna. Esas queridas ruinas no cabían en mi vida doméstica migrante, en mis dormitorios que hacían las veces de hogares, tanto en Vancouver, en Edmonton, en Calgary, en Ashland como en Charlottesville. Me tuve que desprender de esos tesoros preñados de historia que mis abuelos habían traído de su tierra natal o no tanto, pero que me habían acompañado en su ausencia. Como buena judía conservé lo que otros de mi tribu (menos privilegiados que mis abuelos pero más que los que debieron abandonar todo), guardaron para protegerse de la adversidad: las joyas. Mis abuelos habían viajado con un manojito de collares y de anillos, un par de brillantes minúsculos engarzados en largos alfileres y unos relojes bañados en oro, porque ese manojito era lo que podía salvarles la vida en el siguiente Diluvio. Con eso en mente, los metí en mi equipaje y rematé el resto sin más.

Yo también había aprendido a sobrevivir en un mundo sin certezas, y por eso cargué de aquí para allá este minúsculo cofre, no tan amado como los otros pero más práctico a la hora de capear temporales. Desde su eterna lejanía sentía que mis ancestros observaban a esta descendiente desconocida que seguía buscando un hogar, como hicieron ellos, mediante ensayo y error, a lo largo de un extraño camino que, muchas veces, nos anuda los pasos y se disuelve.

Hibridez latinoamericana y europea

Me imagino la hibridez como una casa habitada por muchas voces. En mi caso, la judía pide *gefeltfish* como el que hacía mi abuela, la argentina quiere tomar mate y controla que el agua no hierva, la canadiense quiere que todo el mundo se calme por un minuto y la nieta de europeos se pregunta qué están haciendo las otras dos, preocupándose por trivialidades. ¿Por qué no aprenden a tomar té con un cubo de azúcar en la boca de una vez por todas y se dejan de embromar? Las voces no paran nunca, y lo peor es que, a menudo, no tienen nada en común. De eso se trata, de que somos muchas en una, tironeadas por deseos opuestos, por historias dispares. Sin embargo, hay un rasgo que todas compartimos. A Nora la judía le encantaría maravillarse con la literatura idish, que no sabe leer; Nora la mujer querría ponerse al día con la lectura de todas las escritoras que no conoce todavía; Nora la argentina tiene que revisar todos los diarios y los libros recientes escritos en su país, pero nunca lo logra, y a Nora la europeizante no le alcanza el tiempo para elaborar lo dicho por Kristeva y por Derrida o para repasar a Foucault; pensar que por eso estudió filosofía, después de todo, para entender el pensamiento contemporáneo. Y por supuesto, hay que trabajar también, y esbozar unas escenas que afloraron y que no quiere dejar pasar, pero todo permanece a medio hacer

porque hoy oyó un comentario racista y se enojó tanto que se lanzó a escribir sobre el antisemitismo en la Argentina, del que no sabe lo suficiente. Y mañana un meteorito va a pasar y va a ponerse a investigar sobre la curvatura del círculo.

Sería inútil suprimir cualquiera de estas voces: la represión solo sirve para aumentar los conflictos. En el exilio me di cuenta que yo era judía en la Argentina, *dromamerica* en Israel, latinoamericana en Canadá y latina en los Estados Unidos (concepto que tarda en afianzarse porque parece *Caucasic*). Cada lugar me cataloga a su manera, pero siempre soy extranjera. Por eso renuncié a creer que exista un yo monocromático: estas definiciones sirven apenas, y precariamente, para llenar formularios.

Por puro apego al desafío me identifico ante todo con mis identidades segregadas: mujer, judía, latinoamericana—etiquetas poco favorables en cualquier escala social. Me falta incluir afroamericana o indígena, al fin y al cabo dicen que todos nacimos en África y, como si esto fuera poco, en la Mesopotamia argentina mis ancestros se habrán mezclado con nativos. Lo cierto es que, hoy por hoy, no hay cómo subirescalera alguna que nos permita divisar el horizonte y gritar *¡tierra!* para, por fin, anclar en algún lugar. Por eso busco sentidos en los entramados invisibles del mapamundi. Y armo un personaje con mi nombre, sobre todo, porque una vez me lo robaron.

Mi ansiedad por comprenderlo todo, por grabarlo todo, por descifrar las claves del “misterio” me hacen preguntarme si acaso no se trata de un legado proveniente del Viejo Mundo, traído a través de los mares por esos miembros desaparecidos de mi familia, inmortalizados en fotos efímeras color sepia. Demasiados nombres para asir, demasiados nombres borrados, demasiados nombres.

Citas

Bauman, Zygmunt, & Keith Tester. *Conversations with Zygmunt Bauman*. Cambridge, PolityPress, 2001.

Strejilevich, Nora. *Una sola muerte numerosa*. Córdoba: Alción, 2007.